

Eduardo Bustos Valenzuela, *Cantares de mi Huasteca*. México: Casa de la Cultura de Tamaulipas/Conaculta, 2004; 160 pp.

En esta obra el músico poeta Eduardo Bustos Valenzuela, huasteco de corazón, presenta una amplia colección de “versos” y “cadenas” para sones huastecos y huapangos, así como algunas obras de su autoría.

La obra inicia con una breve información acerca de la región huasteca, “rica en manifestaciones culturales y recursos naturales” y “ambiente de tradición viva que ha sobrevivido a través del tiempo”, cuya música, danza y bailes característicos son el son costumbre y el son huasteco, “producto éste de una transformación de formas melódicas venidas del Viejo Mundo, con el incomparable sello de sensibilidad indígena de México” (17-18).

El autor dedica un apartado a las particularidades del verso huasteco: el fundamento o intención del verso; la métrica y versificación; los tipos y ejemplos de estrofas: cuartetos, quintillas, sextillas, seguidillas y décimas, además de referirse a formas poéticas mayores como el *trovo* (o glosa huasteca) y la *cadena* (secuencia de varias coplas con el recurso del encadenamiento); el *trovar versos*, que es como se denomina a la poesía improvisada que todavía pervive en el ámbito huapanguero. Aquí, el poeta menciona la variedad temática de los títulos de los sones, entre ellos los topónimos y los animales, y también hace referencia a las denominaciones de los sones de acuerdo con su tonalidad; así, el son “El gusto” si es interpretado en un tono más alto se denomina “El gustito”, y lo mismo puede decirse de otros sones.

El apartado finaliza con una disertación sobre los nombres *son huasteco* y *huapango*; de esta manera las piezas que se caracterizan por tener (o aceptar) infinidad de versos son los sones huastecos, y los huapangos generalmente son piezas de autor que admiten arreglos musicales, pero cuyo contenido lírico no puede modificarse sin el consentimiento del autor.

Bustos Valenzuela muestra con una gráfica la alternancia de intérpretes en una pieza determinada: cantador 1: verso (o copla); cantador 2-3: descante o repetición; y cantador 1: cierre; a la vez

explica la conformación de estas estrofas por medio de la repetición de los dos primeros versos.

Asimismo, presenta las coplas de 72 obras huastecas en orden alfabético, entre ellas hay sones de la tradición, neohuapangos y obras de su autoría. Así pues, junto con la versería nueva para “La azucena”, “La rosa”, “El zacamandú”, “El cielito lindo” y “El agua-nieve”, hay coplas para “El querreque” y “El toro requesón”, además de “versos” de huapangos de su inspiración como “Mi Chicontepepec”, “El tlacuache”, “El cocuyo”, “La mojarrita”, “La papalota” y “El Papancito”, entre otros. Es digno de señalar que la obra lírica del autor abarca sones poco conocidos como “La manta huasteca”, “La leva transportada” (o por patilla), “El huiliquizo”, “Los angelitos”, “La araña”, “El chile verde” y “El maderista”.

De igual manera, con el título “Décimas huastecas” el poeta presenta ocho ejemplos de poesía decimal que nomina “Mi canto”, “A mi región”, “Huapanguero”, “Huasteca”, “La Huasteca”, “El huapango”, “Mi violín huasteco” y “Son huasteco”. El autor aclara que la versificación es convencional y está ligeramente al margen de la norma poética.

En la obra se hace patente el dominio de las quintillas, sextillas y seguidillas, además de su incursión en el cultivo de la décima. También se manifiesta su conocimiento de las formas poéticas antiguas como el encadenamiento o cadena, puesto que presenta versos encadenados en los sones “Los angelitos”, “La azucena” y “El fandanguito”, cuatro cadenas para “La petenera” y una singular estrofa letanía-cadena para “La huasanga”. En los sones de “La Cecilia” y “La rosa”, cultiva con esmero la forma antigua del trovo (glosa huasteca cuya planta consiste en una quintilla o sextilla glosada en quintillas). El autor realiza la glosa utilizando quintillas y sextillas.

La cantidad de versos fruto de la inspiración de Bustos Valenzuela para las piezas huastecas es totalmente arbitraria, por lo que se pueden encontrar cinco versiones de “El cielito lindo huasteco” —como el autor lo denomina— con cinco o nueve coplas, en contraposición a tres versiones de “Las conchitas”, dos versiones de “El fandanguito”, “La malagueña”, “El huerfanito” y “El za-

camandú”, y sólo una de “La presumida”, “El triunfo” y “El bejuquito”, por mencionar algunos ejemplos.

Incluye una semblanza del músico huapanguero Nicandro Castillo Gómez, “el más prodigioso y célebre canta-autor que ha dado la tierra huasteca”, como afirma Eduardo Bustos.

Finalmente, en una especie de apéndice, se documentan las letras y partituras de 13 huapangos de Bustos Valenzuela, entre los que destacan “El huapango” (cadena para “La petenera”) y “La orquídea”, así como la partitura de seis sones del músico poeta cuya lírica fue previamente documentada en “El cocuyo”, “El gatito huasteco”, “La mojarrita”, “La tortuga”, “Mi Chicon-tepec” y “Tradición huasteca”.

Cantares de mi Huasteca constituye un ejemplo de la transmisión de saberes entre los músicos huastecos que, si bien prescinde de un academicismo riguroso, constituye una fuente de información fundamental para los músicos y aficionados a la música huasteca, y, sobre todo, una interesante colección de coplas escritas al modo tradicional vertidas al torrente musical huasteco.

GLORIA JUÁREZ

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Enrique Flores y Raúl Eduardo González, ed. y notas. *Malverde. Exvotos y corridos*. México: UNAM, 2011; 174 pp.

Jesús Malverde era el hombre
que a los pobres ayudaba,
por eso lo defendían
cuando la ley lo buscaba (54).

Este libro nos muestra una amplia selección de corridos dedicados al bandido generoso Jesús Malverde, que ha sido santificado por diversos sectores del noroeste de México. Este culto se ha extendido por el resto del país e incluso por Latinoamérica, y reproduce esquemas rituales propios de la religiosidad popular. El libro tam-